

LA CHICA DE SERVICIO

3

Y RÍNDETE



PATRICIA GELLER

Índice

Portada

Dedicatoria

1. Eternos meses
2. Tan cerca y tan lejos
3. Reproches
4. Conversaciones
5. El primero y el último
6. Señor Campbell
7. Noche interminable (primera parte)
8. Noche interminable (segunda parte)
9. Un poco más
10. ¿Estás segura?
11. Nueva oportunidad
12. La reunión
13. Elige
14. Extraña
15. Tú y yo
16. El sueño
17. ¿Qué callas?
18. La noticia
19. Días diferentes
20. Desobedeciéndote
21. La trampa
22. Sensibilidad y acusaciones
23. Aprendiendo de los errores
24. Estoy aquí
25. Adelantado
26. Ni uno más...
27. Respuestas del pasado
28. Echándote de menos
29. Estabilidad, confianza y amor

Epílogo

Matt

Biografía
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Me gustaría dedicarles este proyecto tan especial para mí a los seres queridos que forman parte de mi día a día: mis hijos y marido, mi madre y mis hermanos, por la paciencia y el apoyo que me han demostrado a lo largo de esta aventura.

Y a toda mi familia.

1

Eternos meses

Me cuesta creer que esté aquí, donde el aire de Málaga abre mis pulmones y los recuerdos me agobian de modo asfixiante, no sé si puedo hacerlo... No sé si estoy preparada para volver al lugar donde empezó mi locura. Un dolor inesperado me abrumba por el vacío que hay en mi pecho, presumí que tendría el valor, pero hoy lo dudo.

Me enfrento a la derrota y trato de no pensar, al llegar al apartamento que Scott me ha preparado en Marbella. Huele a limpio y fresco, a una soledad intensa y grande. Me quito los zapatos y me tumbo en la cama, fatigada por las horas de viaje. No podré dormir, lo sé... La distancia que yo determiné hoy es más limitada y dolorosa... La marcha y los eternos seis meses desde mi huida me abaten. Una decisión equivocada.

6 meses atrás

Manhattan es el lugar que he escogido, mi secreto, mi libertad. Todos desconocen mi paradero, porque así lo he decidido, de lo contrario, Matt estaría aquí en menos de dos días y no es lo que necesitamos. No yo... Busco estar tranquila, descansar un poco del caos que hay en mi cabeza. Y la pregunta que me atormenta insiste en atosigarme: ¿es lo correcto? Y la respuesta es la misma: ya no lo sé.

Deshago la maleta. Estoy cansada, sí, los últimos días han sido horribles y mi cabeza apenas da para más. Con angustia, alcanzo mi teléfono y llamo a Matt con la necesi-

dad de hacerle saber que estoy bien.

—Nena —suspira al responder—, ¿todo bien?

—Sí... acabo de llegar al hotel.

—¿Lejos? —pregunta inquieto—. ¿No me dirás si hace frío o calor? ¿No me dirás nada del lugar donde se encuentra mi mujer? Sabes que accedo a todo, claro que lo hago, para esperarte y darte tu espacio, pero por lo menos me gustaría saber si te resfriarás o podrás ir a la playa...

El frío es glacial, aun así, le miento sin darle pistas o sé que investigará. Conozco su impulsividad. Yo lo aceptaré por tenerlo conmigo y después de poco nos habrá servido todo.

—Hace calor, bastante.

—Calor —repite pensativo—. Nena, no quiero presionarte, sé que hace apenas unas horas que te has marchado... pero ya estoy ahogándome sin ti. ¿Una conexión vía ordenador? Necesito verte y saber que tus ojos me miran como siempre.

—Matt...

—Gisele —me interrumpe y sé que está dolido—, sé que intentabas memorizarme al hacerme el amor, ¿por qué, nena? ¿Por qué?

—¿Quieres que sea sincera?

—Sí. Dime el significado de tus manos al acariciarme. Me dolían las marcas ocultas que dejabas en mi piel. Quiero saber —implora con desespero—. No me destroces, por favor.

Tomo aire y, frente a la ventana, hablo entre sollozos.

—Porque ya te echo de menos, porque yo también estoy mal con esta distancia que he marcado, pero Matt... no puedo más, me siento perdida. Llámame inmadura por no saber estar a tu lado, por pedirte un tiempo. ¡No sé! Ha sido muy duro cambiar de vida, conocer a un hombre que me trastorna y me cautiva en una relación diferente, loca.

Tan intensa que nos casamos al cabo de poco tiempo y tú callas, me guardas secretos constantemente, cuando yo he sido transparente para ti.

»Y he decidido irme aun sabiendo que estaré vacía, que lloraré cada día por tu ausencia... Sin embargo, es necesario. Te amo, no lo preguntes, no hoy que estamos lejos, porque prometí y prometo que seré tuya y eso no cambiará nunca.

Al acabar, se me quiebra la voz y tengo los ojos empañados de lágrimas. Él no habla y yo no soy capaz de preguntar el porqué. Quizá su imaginación esté volando y haciendo conjeturas en su realidad paralela.

—Matt, te llamo mañana, ¿sí?

No hay contestación y me preocupa.

—¿Matt? Háblame, por favor.

—No puedo. —Tiene la voz quebrada, está destrozado—. Esto es muy duro, nena... No sé cómo voy a sobrevivir sin ti, cariño. Si eres mi todo y te has llevado mi vida.

—Vamos, Matt. —Oigo que le dice Scott y más incertidumbre traspasa mi pecho—. Mañana habláis, déjala descansar.

—Te quiero, Gisele —susurra Matt—. No olvides que te amo.

—También yo.

Mi hermano está a su lado y me hace sentir tan orgullosa de él... Aunque al principio no se aceptaban, hoy son íntimos y calma mi nerviosismo. Oigo ruidos y pasos hasta que, finalmente, suena la voz de Scott y su tono denota tanta tristeza que me derrumbo de nuevo.

—Pequeña, tranquila, lo vamos a cuidar. Mañana partimos a Málaga y estará arropado. No sé si sabes que ya ha empezado con el tratamiento. No dejes de llamarlo y prestarle tu apoyo, eres crucial para su mejora.

—Lo sé y estaré con él, aun lejos.

—¿Dónde? —pregunta—. Tú también necesitas ayuda, no te aísles.

Aislarme es lo único que necesito, me digo. Encontrarme y hallar calma, recuperarme para hacer frente a los problemas de Matt. Mi debilidad de ahora no nos ayudará.

—Necesito estar sola, Scott. Ve con él, por favor. Cuidalo como si me estuvieras cuidando a mí, porque somos uno solo y si le sucede algo...

—Chis, te doy mi palabra —afirma—. Te quiero.

—Y yo... Dime que estoy haciendo lo correcto, ¡dime que es lo justo para los dos! Por favor, Scott, sé sincero conmigo —me derrumbo—. No sé nada, ya no sé si es lo que he de hacer...

—Es necesario que os deis un respiro y estaremos aquí para ambos. Venga, descansa y verás cómo mejoráis.

No duermo esa noche, tampoco como. A la mañana siguiente, me siento un poco mejor y hablo con Matt, se muestra entero y me relajo. Durante más de dos horas nos contamos cosas, quizá sin sentido, pero oír la voz del otro es una cura para las heridas que sangran.

Y los días van transcurriendo y la rutina se va haciendo más sólida. En el hotel, perdida en mis libros, mi música, voy encontrando la paz que un día perdí, recuperando a la Gisele Stone que Matt necesita. Va a terapia y yo, a través de videoconferencia, asisto también a las sesiones, a su lado.

Es duro oírlo, terrible su calvario y resisto sin romperme. Aun así, estamos unidos y me permite saber sobre su tratamiento. Me da el control que me negaba en casa... Se enfrenta a su pasado y, con esfuerzo, cierra página sobre sus padres biológicos. Duele mucho la dureza de las palabras y él lo sabe y me protege incluso tratándose de su trauma.

—¿Estás bien? —pregunta siempre después de cada sesión—. Si no puedes...

—Lo estoy si tú lo estás.

—No sueltes mi mano, no dejes que me pierda.

—Nunca —prometo, fingiéndome dura—. Te amo.

—Yo más, yo siempre más.

Una frase muy suya que me levanta el ánimo, me da fuerza.

Mañana habrá transcurrido un mes sin tocarnos, pero los dos vamos recuperando nuestra armonía y hoy decido hacerle un regalo especial para que me vea y me sienta. Para transmitirle el amor y la pasión que me une a él, aun lejos, como le juré.

Emocionado, me espera tras la pantalla. Está hermoso, como ayer, con menos ojeras. Al verme, sonrío de esa forma que hace que mi corazón aletee.

—Eres mi locura, mi sensual esposa y mi diosa.

Mi sonrisa se amplía y, coqueta, me alejo del ordenador y entro en la ducha. Desnuda para él, con la visión perfecta para su disfrute. Cautivándolo y hechizándolo con mi cuerpo.

—Supongo que me echas de menos —ronroneo y me pongo de rodillas, ofreciéndole una vista perfecta de mis pechos. No lo espera y se queda impactado—. Quiero complacerte en lo que me pidas, no saciarte, lo sé.

Gruñe con agonía, sé que está tan caliente como el agua que corre entre mis senos. Me deleito ante él y lo provooco, con sensualidad y atrevimiento. Con la transparencia que siempre le he demostrado, con la alegría que tanto adora.

—Te necesito tanto —susurra y estira el brazo, sé que imagina que me toca—. Te amo más que nunca. Porque, aunque duele, estás aquí todos los días. No me abandonas... Es complicado hacerte pasar por todo esto, pero sé que nos está consolidando.

Le lanzo un beso y me incorporo, mostrándole mi figura. Lo miro fijamente y juego con mi mano derecha, que deslizo por mis pechos y mi vientre. Llego a mi intimidad, jadeo y me detengo. Él debe dar las órdenes, soy suya.

—Sigue, Gisele. Lo quiero. Cierra los ojos —pide y yo obedezco—; imagínate que soy yo quien te toca, visualízame contigo. Lo necesito.

—Matt —gimo y deslizo un dedo por mi centro. Su paraíso—. Te amo... te amo.

Abro los ojos y veo que traga, triste, pero sé que fascinado.

—Tócate los pechos, nena. Tócate toda, como lo haría yo. Hoy eres tú, lo sé y lo siento. Acaríciate con mi tacto.

—También tú. —Sofoco un grito—. Quiero verte gozar, pronto estaré en casa y quiero que recuerdes cómo nos hemos amado igual que siempre, sin importar nada.

Se baja el pantalón y su falo salta. Me humedezco con la facilidad de su toque y le sonrío. Mañana mismo planearé mi vuelta, no puedo estar más sin él. Sin sus ojos, como hoy, sin sus manos y sin su corazón latiendo contra el mío. Me hace falta.

—Dios, nena.

Él se agita y gime fuera de control. Arriba y abajo. Yo dentro y fuera. Es mucha la pasión que compartimos, es demasiado el deseo que quema nuestra piel por el otro. Se acaricia para mí y yo le complazco. Nos compenetramos como siempre.

—Piensa que te beso ahí. —Señalo y me estimulo más—. Siente que te chupo, te devoro hasta hacerte enloquecer.

Presenciar la escena que le dedico es tan insoportable, que él tiembla y se convulsiona con intensidad, masturbándose. Yo le sigo. Nos quedamos sin fuerzas, atrapados en un ciberorgasmo. Trayéndome recuerdos de aquella otra vez... De mi señor Campbell.

—Matt... Saldré en el primer vuelo disponible de mañana, no puedo más —digo ilusionada—. Te quiero abrazar y que me mimes, quiero que tus brazos me rodeen cada noche. Te añoro tanto...

—Mi vida, nena. —Su mirada se empaña, sorprendido—. No sabes cuántas noches he soñado con oír estas palabras. No te defraudaré, todo será como hasta hoy. Mi ánimo va mejorando. Tengo que hablar con Scott, preparar nuestro refugio para la velada de San Valentín, Dios, nena, ¡te amo! Y cuando estés aquí, no sé qué va a ser de ti.

Me río a carcajadas, con lágrimas de felicidad, como las tuyas, y entonces se mueve con nerviosismo... Mi expresión cambia y tiemblo. Oigo golpes en la pared y sé que es su puño. ¿Me ha mentado? Asegura que se controla como nunca y veo que no... Inmóvil, susurro:

—Mañana te llamo... te quiero.

—Y yo a ti, te voy a preparar la bienvenida. —Sonríe cálido—. Piensa en mí en esa ducha.

Apago el ordenador y me vengo abajo. Durante este tiempo he hablado con todos los Campbell, con Scott, con Noa... y me han asegurado que se domina, aunque para ello pase la mayor parte del tiempo sin salir de casa.

Un miedo profundo se apodera de mí y temo, pierdo la confianza que había ganado con los días. Me derrumbo y grito. ¡Estoy fracasando con él y me mienten otra vez!

—¡No, no, Matt! ¡Lo prometiste!

Desesperada, llamo a Scott y no responde. Me niego a preocupar a Karen. Finalmente, opto por llamar a mis padres, que sé que no me van a mentir. Es Michael, mi padre, quien responde.

—Papá, ayúdame. —Me ahogo—. ¿Me mienten todos? ¿¡Qué os cuenta Scott cuando os llama!?

—Cielo, ¿qué sucede?

—Por favor, papá. Háblame y no me mientas, dime todo lo que sepas de Matt.

Se calla y su silencio me mata.

«Por favor, no, por favor.»

—Parece mejor, sí —confirma ante mi súplica—. Yo, como bien sabes, estoy en Lugo y no lo he visto, se niega a hablar conmigo, pero según tu hermano, tu marido está

bastante mejorado. Sin embargo, creo que el hecho de que tú vuelvas es un error, Gisele. Dale más tiempo, o quizá opte por dejarlo todo, como ya ha hecho otras veces, tu presión es su mejora.

—¿No me mienten? —pregunto esperanzada—. No ha vuelto a dar golpes, ¿cierto?

—Gis...

—¡Dime la verdad, no quiero vivir en una constante mentira!

—Scott me ha pedido que no te lo cuente, dice que tiene sus motivos —confiesa agobiado—. No sé más, cariño. Matt no me habla, no responde a mis llamadas y me culpa de algo, lo sé... Pero no alcanzo a saber el qué.

¡Ni yo, hoy tampoco sé nada! Me doy una ducha y me meto en la cama. El frío cala mis huesos. No puedo dormir y tengo pesadillas sobre las mismas reflexiones. Lo encubren para obtener su felicidad, pero ¿y la mía? Yo necesito saber de mi marido, no vivir al margen, en otra realidad, para luego recibir el golpe una vez más... Mi mente ya no lo tolera, las caídas duelen demasiado si son a causa de Matt Campbell.

Al amanecer me tiemblan las manos. Llevo horas y horas contemplando el paisaje de Manhattan. Hace frío y mi cuerpo está ausente, como yo. Aun así, llamo a Matt por la tarde; la diferencia de horas es una mierda... Cabizbaja, doy el primer paso.

—Hola...

—¿Nena? ¿Y esa voz? —pregunta angustiado—. Estoy contento, ¿a qué hora sale tu vuelo? Carlos quiere conocerte en persona. ¿Sabes que se ha convertido en un amigo más que en un médico?

¿Cómo decirle que sé que me miente y que temo vivir en una burbuja en la que el vértigo nos persigue? ¿Cómo decirle que lo amo y, sin embargo, no estoy preparada para la vida matrimonial a la que me somete? Para ser una som-

bra en su existencia, creyendo en falsas promesas que no ha cumplido ni cumplirá. Que me ahogo y me asfixio por su dominio al intentar protegerme.

—Gisele, ¿por qué callas? —Su voz suena alarmada, desesperada—. No me jodas, ¿no piensas volver?

—Matt... ayer me precipité, necesito un poco más de tiempo. Me siento bien aquí, me gusta esto.

Un gruñido animal surge de su garganta. No lo esperaba, lo sé.

—No entiendo nada, ¡nada! —me reprocha con dureza—. Me pides tiempo, te lo doy. Hablamos cada día y me dices que pronto volverás. ¡Un mes, Gisele! ¡Un mes sin verte cara a cara, sin tocarte, sin saber dónde estás! ¿Por qué me haces esto? ¿Acaso no sabes que no puedo estar sin ti? ¡Es San Valentín, el primero juntos!

—No te pongas así —suplico temblorosa—, entiéndeme, por favor.

—¿Qué tengo que entender? ¿Que mi mujer no quiere verme? ¿Que a pesar de que estoy en tratamiento y no pierdo los nervios no lo valora? —Las lágrimas que trato de controlar, caen. Me sigue mintiendo—. Estoy siguiendo los pasos que me pediste, y no vuelves. No sé qué hacer. ¡Te quiero conmigo, a mi lado! Apenas duermo por las noches si no tomo pastillas para conciliar el sueño.

Sus palabras, llenas de resentimiento, me hacen sentir mal. Tiene parte de razón hasta cierto punto, porque aun encontrándonos como ahora, miente. Le he brindado mi apoyo, he asistido a su terapia... y él no lo valora. Miente buscando mi regreso, y luego ¿qué?

—Gisele, ¿qué pasa? Sé sincera, ¿ya no me amas?

—Matt, no vas a cambiar...

—Excusas —me reprocha, controlándose—. Gisele. ¿¡No me amas!?

—Te amo tanto o más que antes. —Lloro desilusionada—. Y ahora que estoy recuperando la calma que perdí hace meses, tú...

—Por mi culpa —me acusa con voz seca—. ¿Me estás diciendo que quieres recuperar tu vida de soltera? ¿Eso me estás diciendo? ¿¡La vida que llevabas sin mí!?

Inmadurez o no, hoy pienso que nos precipitamos. No disfrutamos de una hermosa amistad previa, no tuvimos salidas ni vida social. Me encerré en él y dejé mis metas a un lado. Yo era una mujer segura, con ideas claras y proyectos de futuro... Con los días, no supe en quién me había convertido. La montaña rusa a su lado hoy... me aterra. La estabilidad es complicada, porque él se niega.

—¿Dónde está mi mujer? ¿¡Dónde!?

—grita ante mi mutismo—. La mujer que se enamoró de mí a pesar de lo mal que la traté al principio. Háblame claro, siento que me voy a volver loco.

Lo veo con sus ojos verdes, fuera de sí. Hermoso y desesperado a la vez.

—Necesito más espacio... No estoy preparada.

—¿Con respecto a qué? ¿Por mí? ¿Nuestro matrimonio? ¡Habla!

Me duele pensar que no lo conseguiremos, que él necesita una ausencia más prolongada para entender que me pierde... Que ha de cambiar o nos destruiremos.

—Por mí... por la vida que quiero llevar. Te amo, voy a volver, pero no tengo claro cuándo. Me he sentido encarcelada a tu lado, presionada, utilizada para tu desquite... No puedo retornar a eso y sé que si vuelvo ahora, todo será igual.

Quizá sea egoísmo, pero yo estoy luchando por él y he comprobado que su fuerza no es tan firme como la mía. Mi vida ha dado un giro antes, durante y después de conocerlo... Le he regalado mi apoyo y mi amor incondicional, sé que me ama tanto como yo a él; sin embargo, nuestras reflexiones nos llevan por distintos caminos.

La noche ha sido larga, con los llantos que Matt me ha provocado una vez más. Yo antes casi nunca lloraba, él ha causado en mí una vulnerabilidad que odio.